

# **¿En qué piensas cuando miras al cielo?**

**Cartas que serán leídas  
el 10 de noviembre de 2018 en  
El Rococó Café  
de la Ciudad de México**

Para: El Espíritu de México

Cuando estas tierras decidieron albergar a varias culturas, fueron identificadas como el ombligo de la luna, con el cielo de testigo, y una profecía fue instalada:

“El águila volverá a volar en plenitud, transformada.”

Ahora aquí están los llamados hijos del sol.

Tiempos de incertidumbre.

Una madre y un padre divididos y enfrentados.

Más de su unión hemos sido forjados y con una nueva mirada reconciliados.

Ahora que otra nueva cultura se está formando, construyéndose sobre lo ya edificado y lo derruido, observemos cómo todo se está integrando, entendiendo lo que ha sido útil y necesario, porque el que se pierde y se encuentra y sigue buscando, encuentra algo más elevado, más refinado y más templado... su verdadera identidad.

(Fernando Barba)

Zapopan, México

Huepanco, Tlalpan, Ciudad de México 7 de junio de 2015.

## MA'GÜELITA EN LA ÓPERA DE LOS TRES CENTAVOS

**(Entrada: silbando)**

¡Chamacos estos!

Ma'güelita, pobecita

Mo'vejita se volvió

Pero un día ma'güelita

Muy hermosa y joven fue

Enjundiosa escritora, cual sembradora de ilusión.

Ma'güelita, menudita, calzaba ella al corazón.

Ma'güelita fue maestra compasiva del dolor,

Panadera, rezandera, repartía pan de Amor.

Ma'güelita, cancionera, alababa al Señor,

Cuidadora de niñitos, adoraba ser así.

Hoy, sentada en su sillita

Ma'güelita, ella no es más la pobecita.

Su sed está saciada, dejó atrás la desilusión.

El reloj del olvido se detuvo.

Ya su alma de eterna enamorada

Habita en los cielos del Señor

(Rubino Le Mercier)

Sevilla, España.

Amigo Platón:

En la noche gris busco tu encuentro en mis *ideas*, en las tuyas, en el faro sin torre de papel, en el cielo de seda, entre las ramas de nubes plata. Abajo, en el horizonte, crece la ciudad de aluminio, naranja y fría. Mi alma perdida en el ancho de la vida evoca recuerdos. *Reminiscencia*, como tú la llamas.

¿Qué fue de *Sofía*?, nuestro amor eterno. ¿Dónde quedó, que no la encuentro?. Nadie parece buscarla ya, en este mundo de lágrimas gruesas que surcan tanto surco de tanto rostro. Solo sirven para ahogar un cantar que no termina, es inútil como la *erótica* lluvia en agosto. Sofía *no* es nada, ni nadie. Como tú, Platón. Como yo.

Quizás por eso me enreda y me acelera, y camino, más y más, en la noche, bajo las estrellas, donde busco el reflejo a mi espalda con el susurro de *la palabra*. El viento la escribe con plumas de eucaliptus.

Creo que lo que sucedió un día, hace ya mucho tiempo, fue que salimos de la Caverna y vimos que no estaba, que Sofía no estaba, no era. Y no nos quedó otra: seguir amando y anhelando hasta ser pluma muerta, hoja seca. *Soma, sema, tumba*. ¿No?

P.d.- Recuerdos al Demiurgo

(Álvaro Cueli)

Cortázar, Guanajuato.

Querida abuelita.

Esta noche el cielo está iluminado por cientos de estrellas, y en cada una de ellas veo tus ojos, en cada una de ellas veo todas las miradas que me dabas, cuando me dabas dinero a espaldas de mi mamá, cuando estaba enferma, cuando me caía de la bicicleta o de los árboles, cuando me dabas de comer, cuando jugaba con tierra, cuando estabas presente en mis cumpleaños, cuando mis calificaciones de la escuela eran excelentes. En fin, en cada una de las estrellas, te veo a ti, a tus ojos y las pocas arrugas a los lados, tu sonrisa y tus perfectos dientes, que no era un secreto que dos de ellos no eran reales, tu tersa piel, y tu cabello blanquecino. Estabas ahí, en cada una de las estrellas que iluminaban esta noche.

Y entonces supe que nunca voy a estar sola. Cada noche que el cielo esté iluminado por miles de estrellas, sé que tu estarás en cada una de ellas, y entonces sabré que estarás conmigo.

Con amor, tu nieta.

Pd: te extraño mucho, abuelita.

(Fátima Vianney Torres Hernández)

Hola.

El otro día, sin siquiera darme cuenta, estaba mirando hacia la infinidad del mundo sobre mí.

¿Te das cuenta de lo grande que es esto? La gente normalmente se siente minúscula al ver esta inmensidad, pero yo me sentí muy grande. Porque en toda esa inmensidad, en el infinito mundo lleno de posibilidades, he tenido la suerte de que mi vida conecte con la de otras personas, con otras criaturas, que son increíbles.

El cielo es algo que tenemos siempre ahí y aun así es capaz de sorprendernos cuando nos paramos a contemplarlo con calma. Pero no es, ni por asomo, lo grande que es, cuando te miro a los ojos y veo un mundo entero brillando en ellos. No puede enmendar la nostalgia al saber que no podemos recibir el cariño de un ser querido. He escuchado decir a gente que no nos paramos lo suficiente a mirar el cielo, y es cierto, pero cuando yo lo miro, pienso que querría estar mirándote a ti.

Te quiero. Hoy y siempre. No puedo llamarte mi cielo, porque no sería hacer justicia.

(Omar Matías Arroyo)

Madrid, 9 de octubre de 2018.

Me socorríste, Rubí, en una noche de sábado anodino. Comencé a escribirte impulsivamente... Pero algo me interrumpió, pasaron los días y no encontraba el hueco. El otoño se va imponiendo, la atmósfera transforma los perfiles de las cosas en algo demasiado nítido, cambian los olores de la calle, los árboles, las plantas, todo se ve con una claridad perturbadora y comienza a oler a carne de invierno. Insensible a los impactos del goce, el cuerpo intuye sin embargo los cambios climáticos, transformando la intuición en dolor. No resulta tan fácil ir sorteando los días. Apenas saco tiempo para trabajar provechosamente y me aguardan demasiados proyectos. Esto tiene su lado bueno, una extraña ilusión de que queda algo por hacer y me obliga casi a seguir existiendo. Al menos por un tiempo.

No necesitas ningún permiso para utilizar cuanto quieras de mis escrituras. Intento retomar con fuerza la reestructuración de *El hombre medular*, ahora renombrado *El arte de estar vivo*; pero me cuesta un esfuerzo enorme volver a zambullirme en un texto en el que se destilan etapas tan oscuras. Revivir aquellos meses de hospital. Casi un año de vida entre el hospital de Querétaro y los más de nueve meses en Toledo. Y quiero seguir con la novela, con las novelas, porque tengo tres en ciernes.

Amado mío, qué desastre.

Es lenta la sedimentación de los huracanes psicológicos. Pacientes y prolongados los días, los meses e incluso los años en que nuestros limitados sistemas cognitivos logran adaptarse a realidades subvertidas contra nuestra voluntad.

Mirar absorto el horizonte, enajenar mis ojos en el cielo azul y recordar el hermoso pasado, la aureola de la mujer que amé, moldeada en el recuerdo con las líneas y los colores más perfectos, una imagen tramposa de lo que una vez nos pareció y nunca volverá a ser —ni siquiera en condiciones normales—; una idealización donde arda el dolor y se fundan las nostalgias, la de cualquier hombre que envejece y la del tetrapléjico.

Desde los últimos meses, atravieso ciclos en cuyos valles contemplo racionalmente la posibilidad del suicidio, de la extinción de este mosaico de sinsabores, el dolor continuo, el displacer, la carga demoledora del pasado. De todo cuanto estaba a punto de suceder y se frustró para siempre, sin remedio concebible. Calibro las posibilidades reales de dejar atrás cualquier intento de poner en práctica mi amor por la vida para dejar atrás también todo sufrimiento. Renunciar al milagro laico de la existencia, a su azar tan benigno como improbable, por culpa de esta disminución a la que he sido sometido por los signos de la contrariedad.

Pero hay momentos en los que sucede lo opuesto, un tipo de emoción de carácter optimista, como antes era lo más normal en mí. Incluso cuando estoy sumergido en el dolor físico, la emoción y las ganas de vivir vuelan altas y la curiosidad por mi entorno me inclina favorablemente a seguir existiendo hasta que la naturaleza lo permita —«Deus sive Natura», escribió el filósofo de origen sefardí Baruch Spinoza (1632-1677); esto es, Dios o Naturaleza, una misma cosa—. De pronto las nubes grises se desgarran, una fuerza mayor horada la lúgubre homogeneidad, y un cielo azul y toda su luz se apoderan del alma, brotan de los labios palabras de agradecimiento a Dios — sin importar lo inverosímil de estos arrobos de alegría ininteligible, sin importarnos el destinatario a quien de forma inconsciente imprecamos—. Hay que permitir que todo fluya, porque

*el sol ha hecho un velo de oro*

*tan hermoso que me duele el cuerpo.*

*Allá arriba, los cielos lanzan su grito azul.*

*Por algún error, he sonreído.*

*El mundo florece y parece alborozarse.*

*Yo quiero volar, pero ¿adónde?, ¿a qué altura?*

*Si puede florecer algo en un alambre con púas,*

*¿por qué no voy a poder yo? ¡No moriré!*

Con demasiada extrañeza en todo mi ser, un abrazo inimaginable.

H

(HERNÁN VALLADARES ÁLVAREZ)

San Sebastián, España, diciembre de 2016.

Hola, mi Aurora (posiblemente Boreal, lo digo por tu belleza).

No podía dormir y no hay cosa que más me guste que perderme en la inmensidad de los puntos luminosos que jalonan este techo que nos rodea.

Dicen que, en nuestra galaxia, unos cien mil millones de soles danzan alegremente alrededor de un centro que se supone aglutinador.

Y que de estas galaxias debe haber otros cien mil millones.

Sonríó pensando en esos números, aunque sonríó más recordando tu voz, tu sonrisa, tus dulces movimientos.

Y, Aurora Boreal, entonces me he detenido en Merak, Dubhe, Fekda, Megrez, Alioth, Akor y Mizar, las 7 estrellas que componen la Osa Mayor. Todas ellas separadas por miles de millones de kilómetros. Alejadas entre ellas y de nosotros.

Y yo me preguntaba: ¿Qué increíble combinación de átomos, electrones, neutrones, quarks han originado todo esto que yo veía extasiado? ¿Y qué sopa de protones, fotones, hadrones, neutrinos y mesones hacen que esté loco por tí, que todo mi ser quiera estar contigo, mirarte, escucharte, besarte y dejar que el universo entero siga girando alrededor de este amor que me cruza de arriba abajo, de izquierda a derecha? Bendito cielo, bendito universo.

Este enigma me hace decirte que te amo, hoy, ahora, por siempre, para siempre,"

(Pablo Hernández Cano)

Ciudad Juárez, Chihuahua.

La luna llena. Cada noche me dediqué a hablarle de ti, a pedirle que te cuidara para mí, me dediqué a decirle cómo era yo, para que, cada vez que su luz tenue y romántica atravesara las ventanas de tu alma, te iluminara igual que a mí. Cuántas noches miré al cielo pensando en lo mismo... infinidad. Y mi fe y mi locura. Ambas eran infinitas, como el cielo plagado de estrellas y una luna maravillosa. Supe entonces que te había encontrado, después de mucho buscarte...

(Leticia Cruz Tovar)

Para K:

Volví a pensar en ti mirando el cielo. Y lo hice porque bien hubiera visto el concreto sucio de la banqueta en la que camino, y hubiera pensado en ti. Me hubiera acordado de ti, aunque, seguro estoy, ni por la cabeza, ni por tu linda y dorada cabeza, te pase que existo, que milagrosamente sin ti, aun existo.

Fue más bien la lejanía de la sucia banqueta que piso, con el encumbrado azul que nos cubre a todos como una tapa de una caja de zapatos que cubre roedores, lo que me hizo pensar en ti.

Y es que, a veces, te miro olvidada. Si no fuera por las fotos, las pocas fotos que tengo de ti, K, me juraría y me jugaría la vida, a que no exististe en mi vida.

Dime, K, ¿piensas como yo pienso?, ¿miras al cielo como yo lo miro, y termino mirándote y, más bien, recordándote, extrañándote? No, K, por favor, no contestes a esta carta con mentiras. Tú eres la musa en la que debo fijar mis ojos, mis manos y mi vista para inspirarme en esta vida.

Me gustaría decir que soy todo tuyo, y firmar con mi nombre, pero no sé si en verdad lo aprecies.

(Eduardo Sánchez Ruvalcaba)

## El cielo nos cobija

Ciudad de México.

Ahora, cuando miro al cielo y sus nubes, pienso en Francisco y Mariana.

Yo era pequeña cuando descubrí el cielo por primera vez, en un viaje familiar que hicimos por carretera, atravesando toda la república mexicana, de norte a sur.

Vivíamos en Chihuahua, en el desierto, e íbamos a Tabasco, al edén, donde vivían los abuelos maternos, en el ínter llegamos a Veracruz a dejar a la otra abuela, la viuda, antes de asentarnos definitivamente en la ciudad de México.

Vi el cielo por las nubes que se reflejaban en la serranía, en los montes y volcanes del paisaje que veía pasar y cambiar desde una de las ventanillas de la camioneta Peugeot en la que viajaba con mi familia.

Muchos años después, las nubes ensombrecieron mi vida y mi cielo se nubló con la muerte de Francisco. Fue cuando Mariana se dedicó a pintar y a fotografiar cielos. Aún guardo dos cuadros, uno formado por recortes pequeñitos de fotos, de un ciento de ellas obturadas en su viaje de quince años. No se sabe de qué lugar se trata, pero sí con quién andaba en el pensamiento. El otro cuadro es un óleo donde replica un cielo azul y las nubes blancas, de un pintor clásico. Ella lo utilizó como parte de una carpeta que entregó en un curso de estética, en la preparatoria, dedicado a ese tema, elegido por ella misma. Y sí, el cielo nos ha acompañado siempre, en diversos acontecimientos. Yo, cuando dejaba el alma de un lugar y de manera incierta viajaba a otro; y ella, cuando la vida le arrebató a su padre.

Cristina Fuentes.

Cuernavaca, Mor; a 20 de diciembre del 2016.

Cariño:

Hace dos días que vi el Cielo, y me hizo pensar en ti, pues vi la Luna: redonda y blanca como nos gustaba, postrada en un ángulo de sesenta grados al eje de mi ventana, de manera que me asomaba y la vislumbraba. Brillaba tanto.

Y recordé el día en que te la dediqué. Estábamos tan enamorados.

Tú me respondiste: yo te dedico las estrellas.

Por eso, mi vida, pido que cada vez que veas esta carta, me recuerdes y tengas presente mi amor por ti, como Luna que siempre estará, en diferentes facetas.

Y hoy, hoy en la madrugada, vi a la Luna, rumbo al este, brillando como nunca. Hoy en la mañana también la vi, había girado ciento ochenta grados -ah, cómo a ti y a mí nos gustan las matemáticas-, y te recordé, como nunca lo había hecho.

Quiero decirte que te extraño, que me duele la discordia entre nosotros. Rezo por ti, oh, cariño, rezo cada día y noche por ti, porque Dios junte nuestros caminos y, sobre todo, te llene de amor y luz. Sé que Él es grande y hace milagros grandes. Por último, cariño, te vuelvo a dedicar la Luna. Me acoge mientras, en el camino de tu regreso.

- Nancy Rodríguez.

Xalapa, Veracruz.

A Romina:

Cada vez que miro al cielo, es imposible no pensarte, es imposible no recordar que alguna vez nos cobijaron las mismas constelaciones, y que nos quisimos bajo el mismo frío.

Recuerdo tus gestos, tus ojos tontos a media noche.

Cuando tú estabas, el cielo se quedaba sin ropa, se despojaba de sus nubes, justo como tú, algún que otro domingo a eso de las diez de la noche.

Aún recuerdo el frío de tu ombligo, tu vientre de vainilla;

— es imposible no pensarlo, especialmente cuando miro el cielo de noviembre. —

(Oscar Chávez Mendoza)

LILY:

Hay ocasiones en que saco las manos del abrigo negro para calentarlas con mi aliento, y después de recostarme en un espacio donde hay sombra pero que, a su vez, me deja ver a través de las ramas de los árboles al manto azul que nos cubre todos los días, con sus discretas nubes y mis ojos clavados en sus formas.

Entonces el viento sopla y las cambia, poniendo una en la forma de tu flequillo que asoma discreto, como asomaba el sonrojo en tus tímidas mejillas cuando alguna cortesía de mis labios salía inspirada por tus tentadoras caderas.

Cierro los ojos un momento y el cielo flueye, dejando en mí el color claro que rondaba tu impredecible iris, a veces café, a veces de un verde extraño, pero con un toque de ese cielo entre sus surcos que hoy me acompaña junto a mis suspiros.

No tarda mucho la arena del reloj en recorrer su destino. Sonríó tontamente, pues los brillantes detalles en el firmamento asemejan a los legendarios lunares que me llamaban al pecado cuando con las puntas de mis dedos recorría discretamente el manto blanco de tu piel, sintiendo el tiritar de tus poros, así como el universo siente el estallido de mis pulmones ante tu recuerdo.

Me llevo ese cielo, entonces, a mi cama, entre las almohadas y las plumas que flotan en el ambiente, para dejar mis párpados caer, así como cae la añoranza cada madrugada, en un extrañar que no cesa a pesar de que te fuiste hace ya algo de tiempo, silenciosa como lo que hay más allá de la cobija que cubre a nuestro mundo. Gracias al cielo por sus formas y tu recuerdo.

- Antoine

(José Antonio Hernández Santos)

Puebla, Puebla.

Mustre: Ya veo el cielo ahora que eres polvo; sé que estás no estás arriba, ni abajo. Más allá del bien y del mal, del fuego y del agua. Estás en todas las cosas, estás en ningún lugar. Miro nuevamente: nubes tontas. Parecen suaves, da algodón. Pero no lo son; y sus figuras, todas me las invento. No son un cono de helado, ni un oso de felpa ni los sesos del taco pasado. Miro ese azul otra vez. Solo veo otro mundo. Algo que no se alcanza vivo, que no se alcanza muerto. Lo veo y le sonrío; sé que no ve, pero yo creo que me ve.

(Arturo Salvador Rodríguez Rosales).

La Paz, Bolivia.

Hola,

Pienso en ti, en la niña que soñaba con los eclipses de sol y que intentaba quedarse despierta toda la noche para poder escuchar a los pajaritos cantar al amanecer, pienso en el mundo que soñaste y que nunca fue, en las risas, en cómo levantabas la cabeza durante las tormentas para tomar agua de lluvia, pienso en los juegos, en las risas con tus hermanas, en los árboles que trepabas y las historias que guardabas, tan profundas, dentro de tu ser.

Cuando miro al cielo pienso en la vida que tuve, en la niña que fui, en la niña que muy dentro mío, sigue existiendo, pienso en praderas y entradas de palmeras que me hubiera gustado disfrutar más. Pienso en lágrimas que se solucionaban muy fácilmente, pienso en la guía que no fui, pienso en los techos a los que me subí a bailar, y tengo la certeza de que esa niña sigue viva dentro mío, mirando todo lo que sucede, segura de que es solo la parte oscura del eclipse y que pronto, el sol volverá a salir.

Disfruté mucho ser tú.

(Fresia de la Riva)

Querida Tita, hoy te vi.

¿Qué es lo que parece? ¿Es un oso? ¿O un gato?

No gozo de una creatividad como para ponerme a cuestionar si es Firulais el perro, o el gato Morris. Aquí, lo importante, es que estás *Tú* ahí. Cada vez que levanto mi mirada al cielo, es como si me dijeras que existe la paz - aun después de la tormenta-. Esa es tu manera de decirme "*gracias, te quiero*" por todas las flores y dulces que un día te regalé. Por un girasol, por un chocolate, por una rosa, por un cubito de anís. Porque te quiero; por un jazmín.

Me dejaste sin tus manos y delgados brazos. Tus manos frías a las que la enfermedad deformó con el tiempo, pero que eran las más hermosas que jamás pude tener. Que sí, que te amo; pero es tan difícil vivir aquí. Durante este tiempo vivido sin ti he conocido lo que es la hipocresía, la soledad y el odio. Pero así *Él* lo permitió y es lo que más se ha marcado y anclado a mi vida. Solo quisiera entrar nuevamente en tu cama y que estés tú. No te digo que contigo sería mejor, solo que estaría mejor. Lo acepto, no todo es tan malo. El amor existe.

Un día espero poder acompañarte, quisiera que fuera pronto, ¿por qué no hoy mismo? ¿Qué te parece? Pero también quiero cumplir todo aquello de lo que hablamos. Quiero ser feliz, quiero verte y decir "¿lo viste? Fue genial."

Porque no te olvido, porque no lo haré. Por eso aquí estoy, mirando las nubes pasar. Escribiendo a alguien que aquí no está, pero estoy convencida que si lo está. En mi corazón dolido...

En el cielo está.

Guadalupe de Jesús García Cerna.

*Para E*

Cuánto me gustaría que estuvieras junto a mí, sólo para manchar tu nariz con helado. Sin embargo, los únicos que comen helado son los policías. Justo ahora están apiñándose alrededor de un pequeño carrito. Bajo el cielo anaranjado, todos parecen querer refrescarse. Una pareja se mira curiosa a través de un *frutilla split* (¡si existe! es un primo lejano del banana split, las cosas que hace el calor) Pronto será navidad, aunque estando tan al sur es imposible buscar siquiera un copo de nieve en el cielo. ¿Ha nevado alguna vez en tu ciudad? La única nieve que he visto, y de lejos, es la del pico de la montaña; y, un poco más de cerca, la que se derrite sobre los barquillos de galleta.

Me gusta esta navidad, con paletas de fruta y policías como colegiales en un día caluroso. El cielo abandona el anaranjado y se decide por un violeta somnoliento. Las nubes, gordas y plomas como gatos, lo colonizan poco a poco. Es tiempo de lluvias. ¿Te acuerdas un poco de mí? Quisiera tomar los cuatro buses que me llevan a tu casa. Allí el cielo es casi siempre naranja y dura muchísimo. Aquí oscurece pronto a casusa de las montañas, por eso siempre me duermo antes.

¿Crees que en navidad los dos podamos levantar la vista y observar los mismos gatos holgazanes? No me importaría compartirlos contigo.

En mi lado del cielo, te espero.

(Leni Favela Flores Espinoza)

Ciudad de México.

Imaginando que eres un ángel, haciendo que mi alma resucite de la soledad que un día dejaste, iluminando mi noche, con esa estrella brillante que refleja tu mirada, esa mirada que un día estuvo presente, y que ahora solo permanece en mi mente, como un destello de luz, iluminando el cielo con tu presencia.

Me gusta mirar al cielo por las noches, porque me permite recordarte e imaginarte y sentir que aún estas mirándome, eres la estrella que hace que el cielo sea más brillante, que hace que la noche sea más dulce, permite que la luna refleje tu luz, esa luz que iluminaba mi alma y ahora ilumina la noche.

Ahora sé que más allá de la oscuridad existe una luz, esa luz que nos guía por siempre. Juraste no abandonarme y ahora no abandonas al cielo, cada noche permites que se ilumine siendo tú la estrella más brillante.

(Viridiana Fuentes Pacheco)

A ti, Mi luz:

Corrí con el estómago hecho un nudo y mis manos paralizadas al pecho y miré al cielo; era celeste como hace tanto que no lo veía, me estremecí cual niña, y al ver nubes, cerré los ojos, solté los puños y caminé con la mirada fija en el cielo, que es el único que me ha acompañado en mis días. Solo podía seguir percibiendo la majestuosidad del momento, de esa pintura natural que estaba ante mis ojos, hecha con el dedo de Dio. Y ahí estaba yo, olvidando todo momento, dejando atrás ese miedo que me perseguía hasta que crucé la puerta.

Se detuvo el tiempo en ese instante y el dolor fue desapareciendo como lo erizado de mi piel. Un rosa hizo vibrar el cielo. Ese día, los colores del horizonte abrazaban mi espalda, que sollozaba luto, me hablaron con los pájaros, que acariciaban el cielo a cada minuto, y con las nubes que avanzaban y me dejaban ahí, para decirme que mi vida seguía y que a pesar de las almas que me acompañaban en el camino, yo seguía viva y en su honor, debía seguir caminando, debiendo volver al cielo su altar de cada día, desde donde me verías andar y harías deslumbrar el cielo con la rojiza tarde, dándole calor a mi piel, como tu cuerpo a mi niñez.

El cielo brilla como brillabas tú y me hace genuinamente feliz, como el sueño de tu encuentro. Amanece de nuevo, reviviéndome cada mañana como tu sonrisa hacía. Ahí estas tú, en mi cielo que me deja sentir, que me vuelve humana, que me recuerda de dónde soy y me hace pensar que nunca te dejaré de amar.

- Dessiré Jesús Góngora Rodríguez

Cada vez que me levanto, miro el cielo para ver en dónde está escondida mi felicidad. Asomo la cabeza en el boquete que dejó el puñetazo de la muerte en el zaguán en donde se estaciona el día.

Y al indagar al interior de todo el universo, me doy cuenta de que, ahí tienen acomodada la felicidad de todos, menos la mía.

Es la luz del sol que me cae sobre la espalda, resignada a que yo sea el único huérfano que no se burla de la vida.

De repente, aquella nube roja, es el diván en donde recostado, le platico al Diablo el significado de algunos de mis raros sueños.

El me diagnostica: que mi mente esta aliviada.

Y al ocultarse por completo el día, puedo ver que el cielo se convierte en un campo minado. Y si con mi trote temeroso por el fango de la noche, piso por casualidad alguna estrella, puede que me estalle en los pies el tramposo júbilo de mi felicidad.

Cuauhtémoc Rodríguez

Cerete - Córdoba, Colombia, a 19 de diciembre de 2016

Querida hermana.

Ya se me acabaron las lágrimas, lo que me queda es frustración. Tienes mucha razón, mi mente es incompatible con mi cuerpo, porque yo podía ver y aceptar lo que otros no quieren admitir; ideas que son como un virus reproduciéndose sin cura . Tú formas parte de un mundo que vive en un círculo vicioso, en un mundo que divide a las personas en estratos por su condición de vida, trayendo consigo burlas y humillaciones para la clase baja. Hermana de mi alma, llega una etapa en tu vida, en la que quisieras que el tiempo se detenga y las preocupaciones se fueran, para así, poder razonar y juzgar que tu vida no es tuya, que eres manejada por una sociedad que te hace encajar con verdades a medias y mentiras disfrazadas, una sociedad de dinero, porque representa la sobrevivencia del existir. Ya te dije lo que mis ojos y mi boca no se atrevieron a decirte, lo que esa niña de quince años quería ver: la vida de otra manera. Pero ya no está, ni tampoco tu hermana de cuarenta años, porque como te dije al principio de estas palabras “mi mente y mi cuerpo son incompatibles”.

(Natalia Carolina Morgan Figueroa)

Miami, Florida, noviembre 27, 2016

Viejo:

Cuando miro al cielo al atardecer con los rayos de sol atravesando las nubes, cierro los ojos y pienso qué grandioso sería tener un solo minuto con vos, Viejo, y decirte una vez más cuánto te quiero y te extraño. He sentido tu ausencia, más ahora que he pasado momentos difíciles en mi vida personal y con mis hijas; y he necesitado de tus consejos y palabras alentadoras.

No pasan los días en que no pienso en qué feliz estarías de ver todo lo que he logrado en mi vida. Que pude sobrellevar todos los obstáculos que la vida me ha puesto. Si pudieras ver a mis hijas, lo que han logrado. Cami, Nani y Sofía se acuerdan de su abuelito todos los días. Estarías muy orgulloso de ver cómo se están transformando en las obras de arte que me enseñaste a crear. Yo sé que a todos nos llega el momento de abrir nuestras alas y volar hacia el cielo, como ángeles. Sé que estás ahí esperando. Yo sé que desde dónde estás, nos estás cuidando, para que no nos pase nada. Los errores que cometí de joven, los estoy viviendo con mis hijas. Viejo, te quiero dar las gracias por haberme hecho el hombre que soy, a pesar de que no lo pensaba así, cuando era un muchacho. Te quiero, -Rodrigo.

(Rodrigo González)

Querido padre:

No hay noche que no dedique una mirada a las estrellas y que, haciéndolo, no te traiga a mi memoria. Aún recuerdo cuando me decías que no creyera lo que se contaba por ahí: que las estrellas no eran otra cosa, sino astros que podían verse en el cielo y que de algunas de ellas solo existía la luz que podíamos ver, ya que era posible que ni siquiera existieran ya. También decían que, poco a poco, se verían menos y que alguna noche desaparecerían para siempre.

Me gustaba más la versión que salía de tus labios

Aquella en la que me decías que los puntitos blancos que veíamos en el cielo eran las almas de nuestros seres queridos que habían ido al Cielo, porque habían sido buenas personas. Que, si miraba con atención durante largo rato, irían apareciendo cada vez más, porque ellos también vendrían a saludarme. No hay noche que no te recuerde.

A tus nietos los invito a mirar hacia la inmensidad del Cielo en las noches de verano.

Me gusta imaginar que, cuando llegue el momento, estaremos juntos, allí arriba y podremos ver a los nuestros. A mis hijos mirando al Cielo recordándome y diciendo a los suyos que los observamos desde arriba. Que no es verdad que las estrellas terminarán desapareciendo, porque no son la luz de los astros, sino la luz de nuestras almas que siempre velarán por ellos...

(José Luis Chaparro González)

## Pensamiento al Cielo

¿Será posible subir al cielo para ver desde él lo que realmente nos rodea abajo? Me siento pequeña, porque sé que, al mirar el cielo, estoy mirando un océano que jamás tiene fin, un precipicio, un espacio donde vuelan nuestros sentimientos, emociones, pensamientos...

Mirar al cielo es mirar una esperanza, algo que siempre será infinito, porque esta noche sé que miraré el cielo y me hará fuerte, porque estoy segura que esconde muchos secretos, un mundo lleno de amor, un sendero que une y no divide, una luz que nos guía por el bien, y la oscuridad no será obstáculo, porque, cielo, eres aire, frío y aire.

- Miroslava Reyes Montoya.

Noviembre de 2016.

Cada noche, al subir a mi azotea y ver la luna y las estrellas, y sentir que el aire me abraza con pasión, en ese momento, mis problemas desaparecen; perdón, corrijo, parece como si desaparecieran...

Y es que tan solo tengo 14 años, ¿qué problemas puedo tener?, supongo que los típicos de una adolescente en crecimiento. Pienso más que nada en la vida, en mi familia, en los 15 minutos en que puedo soñar la vida perfecta cuando estoy sola ahí, por 15 minutos me considero observadora de la humanidad; me gusta pensar que lo sé todo. Me gusta estar sola, aunque tú, mi bella compañera, sabes que no lo estoy. Pienso en mi familia, en mis amigos y en mis compañeros, y como era de esperarse, en esa persona especial. Pienso en todos; no es egoísmo; yo lo llamo meditar... es tan bello hacerlo...

En fin, quería agradecerte porque siempre me escuchas, porque siempre estás ahí... me gusta imaginarte que lo haces, me alegra tener la imaginación que me ayuda a no sentirme sola... pero después de mucho, me doy cuenta de que estar sola no es estar sin nadie, es estar conmigo, y yo sola responderme sobre todo lo que estoy viviendo... sé que nos esperan muchos insomnios juntas, así que te esperaré y sé que tú también lo harás.

Con amor, una de tus millones de amigas y amigos. Beylene, para mi amiga la luna nocturna...

(Beylene Cruz)

Ciudad de México, lunes 12 de diciembre de 2016

Querido Carlos:

Conforme he ido avanzando en el entendimiento de la física del Cielo, cada vez veo menos cosas extraordinarias; sin embargo, parafraseando al físico Steven Weinberg, cada vez disfruto más “mirar hacia arriba”.

¿Sabes? Una de las experiencias más memorables de mi paso por Harvard no tuvo nada que ver con economía, sino con física. A saber, el maravilloso curso de licenciatura Physics 16 de Howard Georgi empezó con un apagón inesperado en el salón de clase, seguido por una estruendosa reproducción del siguiente pasaje de La Creación de Haydn: *The heavens are telling the glory of God, the wonder of His work displays the firmament*

Entonces, al mismo tiempo que regresó la luz, apareció Georgi diciendo “Los cielos anuncian la gloria de Dios... ¿Pero, qué es lo que realmente nos dicen? Creo que Su palabra no se encuentra en la bóveda celeste: ahora que los entendemos, los movimientos de las estrellas no nos dicen nada extraordinario; ahora que entendemos la física que las hace brillar, tampoco vemos nada extraordinario; de hecho, tenemos buenas razones científicas para creer que el Cielo inmenso que podemos ver con nuestros mejores telescopios es sólo una mota en la página enorme de la Creación... Oremos. Dios de los Cielos y la Tierra, te damos gracias por la milagrosa variedad de Tu creación. Y te pedimos energía y tiempo y paciencia y talento para aprender más sobre el mundo que has hecho, y humildad para nunca olvidar que sabemos muy poco. Amén”.

¿Por qué, entonces, entre menos veo en el Cielo, más disfruto mirarlo? Creo haber encontrado mi mejor respuesta en el siguiente diálogo de la película de Disney, El Rey León:

Simba:

¿Papá? Siempre vamos a estar juntos, ¿Correcto?

Mufasa:

Simba, déjame decirte algo que me dijo mi padre. Los grandes reyes del pasado nos cuidan desde esas estrellas.

Simba:

¿De verdad?

Mufasa:

Sí. Así, cuando te sientas solo, sólo recuerda que esos reyes siempre estarán ahí para cuidarte. Y yo también.

- JMT

(José Miguel Torres)

Lista de Cartas que serán leídas en Rococó Café de  
la Ciudad de México,  
el sábado 10 de noviembre de 2018.

Para: El Espíritu de México

Ma´Güelita...

Amigo Platón:

Querida Abuelita:

Hola, el otro día

Me socorriste, Rubí

Hola, mi Aurora

La luna llena.

Para K.

El cielo nos cobija

Cariño:

A Romina

LILY

Mustre:

Hola, pienso en ti

Querida Tita, hoy te ví

Para E.

Imaginando que eres un ángel

A ti, mi luz

Cada vez que me levanto

Querida hermana

Viejo:

Querido padre

Pensamiento al Cielo

Cada noche, al subir

Querido Carlos:

Fernando Barba.

Rubino Le Mercier

Álvaro Cueli

Fátima Vianney Torres Hernández

Omar Matías Arroyo

Hernán Valladares Álvarez

Pablo Hernández Cano

Leticia Cruz Tovar

Eduardo Sánchez Ruvalcaba

Cristina Fuentes

Nancy Rodríguez

Oscar Chávez Mendoza

José Antonio Hernández Santos

Arturo Salvador Rodríguez Rosales

Fresia de la Riva

Guadalupe de Jesús García Cerna

Leni Favela Flores Espinoza

Viridiana Fuentes Pacheco

Dessiré Jesús Góngora Rodríguez

Cuauhtémoc Rodríguez

Natalia Carolina Morgan Figueroa

Rodrigo González

José Luis Chaparro González

Miroslava Reyes Montoya

Beylene Cruz

José Miguel Torres